

LA REPRESENTACIÓN DE LA REALIDAD EN EL ARTE

Georg Lukács, *Arte y verdad objetiva*, en *Problemas del realismo*.

En esta forma, toda obra de arte importante crea un "mundo propio". Las personas, las situaciones, el curso de la acción, etcétera, poseen una cualidad particular que no les es común con otra obra de arte alguna y es absolutamente distinta de la realidad cotidiana.

Cuanto más grande es el artista, cuanto más vigorosamente penetra su fuerza plasmadora todos los elementos de la obra de arte, con tanta mayor concisión se pone de manifiesto en todos los detalles dicho "mundo propio" de la obra. Balzac dice a propósito de su *Comédie humaine*: *Mi obra tiene su geografía, lo mismo que tiene su genealogía y sus familias, sus lugares y sus cosas, sus personas y sus hechos; del mismo modo que posee también su heráldica, sus nobles y sus burgueses, sus artesanos y sus campesinos, sus políticos y sus dandis, su ejército y, en una palabra, su mundo.*

¿No anula acaso semejante determinación de la peculiaridad de la obra de arte su carácter de reflejo de la realidad? ¡De ningún modo! Sólo pone nítidamente de relieve la especialidad y la peculiaridad del reflejo artístico de la realidad.

La aparente unidad de la obra de arte, su incomparabilidad aparente con la realidad se funda precisamente en la base del reflejo artístico de la realidad.

Porque dicha incomparabilidad no es más, precisamente, que apariencia, aunque una apariencia necesaria, propia de la esencia del arte. El efecto del arte, la absorción completa del espectador en la acción de la obra de arte, su entrega total a la peculiaridad del "mundo propio" de ésta, se basa precisamente en el hecho de que la obra de arte brinda un reflejo de la realidad más fiel en su esencia, más completo, más vivo y animado del que el espectador posee en general; o sea, pues, que le lleva, sobre la base de sus propias experiencias, sobre la base de la colección y la abstracción de su reproducción precedente de la realidad, más allá de dichas experiencias, en la dirección de una visión más concreta de la realidad.

Sólo se trata," pues, de una apariencia, como si la obra de arte misma no fuera un reflejo de la realidad objetiva, como si tampoco el receptor concibiera el "mundo propio" de la obra de arte como un reflejo de la realidad y lo comparara con sus experiencias propias.

Lo hace, antes bien, ininterrumpidamente, y el efecto de la obra de arte cesa instantáneamente tan pronto como aquél se da cuenta de alguna contradicción, tan pronto como percibe la obra de arte como reflejo incorrecto de la realidad. Sin embargo, dicha apariencia es necesaria. Porque no se compara conscientemente una experiencia particular aislada con un rasgo particular aislado de la obra de arte, sino que el espectador se entrega al efecto conjunto de ésta sobre la base de su experiencia conjunta reunida. Y la comparación entre los dos reflejos de la realidad permanece inconsciente mientras el espectador se ve arrastrado por la obra de arte, esto es, mientras sus experiencias de la realidad se ven ampliadas y profundizadas por la plasmación de la obra de arte. De ahí que Balzac no esté en contradicción con sus comentarios acerca de su "mundo propio" antes citados cuando dice: *Para ser fecundo basta estudiar. La sociedad francesa debiera ser el historiador, y yo solamente su secretario.*